



PORTADA DE LA COLEGIATA DE AMPUDIA.

## LA FELICIDAD.

VARIACIONES

sobre un tema de D. E. Florentino Sanz.

Hay en el corazón humano cierto instinto, no sé si inexplicable, pero al menos inexplicado, que mueve al hombre á hablar mas bien sobre lo desconocido que sobre lo conocido; sobre lo que está por saber, mejor que sobre lo que se sabe; sobre lo que no se sabrá nunca mejor que sobre lo que está por saber.

Mucho se ha escrito sobre este mundo; ¡pero se ha escrito ó se ha hablado jamás de él tanto como del otro, del cual nadie, que yo sepa, ha venido sino para encargarse de misas? Los libros de matemáticas abultan la milésima parte que los libros teológicos de todas las religiones, y el hombre antes de disecarse á sí mismo había disecado, analizado y explicado un millón de divinidades.

Pero no nos fijemos sola en la filosofía metafísica: pasemos á la física, y encontraremos el mismo fenómeno. ¿De qué ave se ha hablado mas que del ave fénix? ¿Cuándo se han ocupado los hombres del dragon con tanto afán como cuando hasta su tamaño ignoraban? ¿Se han dado para hacer alguna medicina tantas recetas como para la piedra filosofal? El magnetismo animal, ¿á qué debió su boga en París y su fama en todo el mundo, sino á sus procedimientos fantásticos y á su misteriosa teoría? Y en los mismos hombres, ¿creéis que Marat hubiese sido lo que fué, á no haberse presentado como un fantasma nocturno en las primeras horas de la revolución, con el rostro encubierto y su periódico desplegado en las manos? ¿Creéis que el mundo se acordaría ya de Cagliostro, si él no hubiera cuidado de

proverse de una historia oriental tan maravillosa como oscura? Pero tú dirás, impaciente lector mío, ¿qué tiene que ver todo lo dicho con lo que el título del capítulo prometía? ¿Qué tiene que ver con la felicidad?

Querido lector, este prólogo era indispensable por dos razones: primera, porque estamos en la época de los prólogos. Antes se escribían los prólogos para las obras; de algun tiempo á esta parte se escriben las obras para los prólogos.

Segunda, porque después de probar con los numerosos ejemplos que citados llevo, que el hombre habla mas y con mayor gusto de lo que no conoce que de lo que conoce, no parecerá á nadie extraño que yo hable de la felicidad, á quien nunca he visto ni de lejos, y asegure que si los demás hombres hablan de ella, es porque no la han visto tampoco.

Sí, lector querido, de la felicidad se habla como del ave fénix, el otro mundo, la piedra filosofal y el somnambulismo, porque no se la conoce y probablemente no se la conocerá.

Y si no, lector querido, dime: ¿eres feliz?

¿Has sido feliz alguna vez?

¿Con qué serías feliz?

Sin conocerte puedo asegurar que á las dos primeras preguntas has respondido negativamente. En cuanto á la tercera, has dicho si eres joven:—Yo sería feliz con un ó una (según tu sexo) amante que sintiese por mí lo que yo sentiría por ella.

Si eres pobre, con riqueza.

Si eres soltera, con un buen marido.

Si eres casada ó casado, con envidiar.

Si eres sastre, con ser pintor, y si eres pintor, con ser sastre.

En fin, de seguro que has respondido á la pregunta señalando como la felicidad una cosa que no tienes.

Pero te haré observar que otros muchos tienen en el mundo lo que tú llamas *la felicidad*, y sin embargo no son felices.

Antes al contrario, si te encontraras la amante suspirada, suspirarias por el tiempo en que no conocías el amor.

Si alcanzasas riquezas, volverías lánguidamente los ojos á lo pasado y echarías de menos la alegría que rodeaba tu miseria.

Si te casaras, aunque fuera con San José, habías de maldecir á tu marido.

Pero si enviudases, le habías de echar de menos hasta que encontrases otro que te haris echarla de menos doblemente.

Es pres la felicidad siempre lo que nos falta, y deja de ser felicidad en el momento en que lo poseemos.

Por esta definición se ve cuán equivocados estan aquellos moralistas que quieren darnos reglas para alcanzar la felicidad; pues consistiendo su esencia en no ser alcanzada, sus reglas á lo mas nos conducirán á destruirla.

Es verdad que no todos los autores son de mi parecer, y hay autoridades muy respetables que opinan que la felicidad es una cosa cierta y conocida de muchos.

Hay hasta autores que la han dado su código y la han reglamentado juiciosamente.

Por cierto que uno de estos autores, el P. Cárdenas de la Puente, se sufrió algunos días despues de haber concluido su tratado.

Pero yo, por las razones que apuntadas llevo, no puedo pertenecer á su opinión.

Los que una parécen que han hablado con mas juicio, son religiosos que han padecido en el otro mundo y han hecho de su deseo una prueba de la otra vida. Aunque estuvieran equivocados no tendrían miedo de que nadie los desmintiese; pues los que se mueven, únicos jueces competentes en la materia, no habían de hacer espresamente un viaje mal intencionado desde el otro mundo para quitarles el crédito á impedirles vivir de su ingenio honradamente.

Es además la otra vida para los hombres lo que la España para los franceses. Se les han contado de ella tantas cosas, que si se les dijera la verdad la creerian cuento, y ya es necesario mentir para no pasar por mentiroso.

Asipues, en aquel sitio está *la felicidad* perfectamente colocada. Lo que es en nuestro mundo solo la tienen los tontos, y esto se aplica perfectamente por las sagradas letras.

El mundo está condenado al dolor por haber comido, personificado en Adán y Eva, la manzana del árbol de la ciencia, y los tentos podrán haber comido muchas manzanas, pero de aquella ni aun la castigarán así es que no padecen la pena.

Para explicarme lo escasa que es la felicidad en el mundo, una abuela mia me contaba un cuento que voy á contar á mis lectores aunque no tengan gana de que le cuente.

Hababa en España D. Pedro, llamado el justiciero ó el cue? segun el escripto ó la parcialidad de los que han escrito su aun mal desentrañada historia.

Parece ser que este buen rey tenia el genio violento y la voluntad ardiente, por lo cual todos temblaban cuando mandaba algo en que no se le podia obedecer.

Esta violencia de carácter se aumentaba cuando caía enfermo, hasta el punto de ser intolerable á los mismos cortesanos, y de hacer dar al diablo quinientos veces por minuto á su pobre médico, sobre cuyas espaldas descargaba frecuentemente en la tempestad.

Un día que el rey, á causa sin duda de algun exceso en la comida, se sintió repentinamente enfermo, llamó á su médico y le dijo con una voz en que se conocia bien que no hablaba de broma:

—Sino me das una medicina que me cure repentinamente, te mando cortar la cabeza.

El pobre médico llevó instintivamente las manos al cuello, y sintió que la sangre se helaba en su corazon; pero cobrando fuerzas de flaqueza:

—Señor, respondió, un solo remedio hay que pueda curar repentinamente el mal que V. A. padece; pero yo no le tengo en mi botiquín.

—Tú eres médico y no boticario, dijo el rey; receta, y cuenta mia es buscar el remedio.

—Pues señor, dijo el médico, V. A. se curará repentinamente poniéndose la camisa de un hombre feliz.

El rey no comprendió que un hombre con la machilla en la garganta pudiera bromear, y tomó por lo serio la receta.

Pronto salieron sus agentes por toda Sevilla buscando á un hombre feliz para quitarle la camisa, y por ninguna parte pudieron hallarlo.

Recorrieron las casas de los ricos, y solo hallaban el fastidio.

Las de los hombres de talento, y los encontraban murmurando de hambre.

Les señalaron la casa de uno á quien ni por casualidad habia salido mal cosa alguna en su vida, cuyos deseos se habían realizado

siempre, y cuyas esperanzas habían producido mas de lo que prometieron. Todos decían: ese hombre será feliz.

Los emisarios del rey D. Pedro espolearon sus caballos y se lanzaron hácia la casa de este hombre; pero llegaron demasiado tarde, pues acababa de suicidarse de desesperacion porque todo le salia bien.

Este suceso descoró á los emisarios, que volvieron melancólicamente hácia el alcázar contando que la distancia que de él los separaba era la que los separaba de la muerte, pues no llevaban lo que el rey D. Pedro habia pedido. Al pasar por el puente encontraron á un viejo que apoyado en un palo miraba con los ojos cubiertos de alegres lágrimas como jugaban dos rollizos cuando sucios muchachos de cinco á seis años, reclinados en la arena delante de él.

El buen viejo se extasiaba mirándolos y decía: Pobres nietecitos, jugad, jugad, que vuestro gozo es el mio... ¡qué feliz soy!

Apenas oyeron esta palabra los emisarios del rey D. Pedro, dieron un grito de alegría y se lanzaron sobre el pobre viejo con tanta furia, que faltó poco para que le ahogasen, y sin darle explicación ninguna, empezaron á demandarle precipitadamente; pero cuando medio desgarrada, medio arrancada, le hubieron sacado la ropilla, lanzaron un grito de horror y de desesperacion.

Iban á buscar la camisa de aquel hombre feliz, y aquel hombre feliz no tenia camisa!

Este es el cuento de mi abuela.

Yo que acepto en lo muchas cosas, no puedo aceptar otras tales como la aventura del viejo que le sirvo de conclusion, y de la cual parece desprenderse, que para ser feliz es condicion esencial no tener camisa.

Yo creo que la pobreza no puede conducir á nada bueno, á menos de que se haga de ella un mérito para volver al Paraíso, y que los descamisados estan á un max lejos de ser felices que los demás hombres, porque lo estan por dos razones.

1.<sup>a</sup> Porque son hombres.

2.<sup>a</sup> Porque son descamisados.

Porque si bien la felicidad no se puede comprar porque no existe, caso de que existiera se granjearia con el dinero.

La vida ha dicho que la felicidad se componia de dos sentimientos tristes; el recuerdo de la privacion anterior y el temor de perderla; pero esta no es la felicidad, sino el placer, que se diferencia de ella como el relámpago del dia, en que aquella es constante y este es fugaz.

No me detendré mas en probar mi máxima de que la felicidad es un sueño irrealizable, el objeto de un deseo sin objeto, un sentimiento informalado, una palabra de tipo colocada en los diccionarios de todas las lenguas, para demostrar que todos los pueblos pueden equivocarse á un tiempo.

Esta máxima está suficientemente probada con lo que llevo dicho.

Pero antes de terminar quiero hacer una reflexion que incidentalmente brota de este asunto. Se dice comunmente que el objeto de la ciencia es la felicidad, y que el hombre de mas talento es el que sabe ser mas feliz.

Ahora bien: el modo de alcanzar la felicidad consiste en contentarse con lo que se tiene sin desear otra cosa ni echar de menos los deseos.

El hombre que únicamente pueda hacer esto es el tonto, si el tonto es hombre; y por eso, como he dicho antes, el tonto es el único para quien la felicidad humana no es una ilusion. De lo cual se sigue que el verdadero talento consiste en la tontería, y que el hombre será tanto mas sabio cuanto mas tonto sea.

La consecuencia es lógica como un silogismo de Aristóteles, y no tiene vuelta de hoja.

¿No os parece, amados lectores míos, que es lógica consecuencia tambien de esta consecuencia que la civilizaci6n que trata de instruir y hacer sabios á los hombres, ó ha tomado el camino mas largo, ó está equivocada y marcha al punto diametralmente opuesto de aquel á que se propuso ir?

¡Envanézcanos pues de nuestras ciencias; envanézcanos de nuestra civilizaci6n! En último resultado, acertando en sus propósitos nos conducirán al estado salvaje, al estado de estupidéz! He dicho.

PABLO GAMBARA.

## BOCETOS PARISIENSES.

### Cuadros fisiológicos

QUE COMPRENDEN CIERTA CLASE DE ANIMALES HABOS NO CLASIFICADOS HASTA HOY, AUNQUE PERTENECEN Á LA HISTORIA NATURAL DEL GÉNERO HUMANO.

### EL FAJARO NEGRO. (LA BÉTO-NOIRE.)

«Dandito sea el que inventó el dormir,» dijo Sancho: bienaventurados los que duermen, digo yo, porque de ellos es el reino del sosiego.

go: y cuando digo *los que duermen*, es mi suprema voluntad que se tome esa palabra, no en su sentido genuino, sino aplicable y aplicada á los que teniendo los ojos tan relucientes como carbunclos, duermen según los espiritualistas con los del alma, y pertenecen á la gran familia de zotes, propiamente dichos: si bien según los materialistas, alguna protuberancia que abulte más ó menos sobre la esfera del cráneo, la forma más ó menos irregular del guarda-polvo que la naturaleza nos da para la masa cerebral, es la causa eficiente de que muchos próximos, mal de su grado, están comprendidos en la numerosa sección de los estúpidos.

Con estos hablo y á estos me dirijo, cuando repito: bienaventurados los que duermen, porque de ellos es el reino del sosiego.

La ignorancia supina no es verdaderamente una cualidad que merezca ser envidiada, á lo menos en mi opinión; cada uno es dueño de pensar como quiera y le acomode; pero lo que sí creo en lo íntimo de mi conciencia que es bueno, mas que bueno, útil, y mas que útil, ventajosísimo para el yo, es ser un poco torpe, bien de conveniencia, ó bien por naturaleza.

La proposición que acabamos de sentar pueda parecer á los ojos de algunos de mis lectores demasiado atrevida: casista habrá que ponga el grito en el cielo, y que añada que quien tal dice es tonto, y escribe con la mano izquierda, porque no sabe dónde tiene la derecha. Vamos á cuentas: un poco de paciencia; que me siga en las demostraciones que voy á presentar, y que yo me vea por el resto de mis años condenado á vivir entre colélicas georgianas, con una renta de doscientos mil pesos fuertes todos los años, y la robustez y salud que he contado en el primer tercio de los que han pasado por mi cabeza (añadición que no deja de ser terrible), siempre que no les prueba, como veinte y veinte sacos cuarenta, que en cuanto he dicho me sobra razón por libras, mientras á los opositores les falta por adarmes.

Entremos en materia.

Vaya la teoría antes de los ejemplos:

PRINCIPIO SENTADO: «Es ventajosísimo para el yo, ser un poco torpe.»

PRUEBAS TEÓRICAS.—1.º Todos los extremos son viciosos; la sabiduría ó la ignorancia, verdaderos polos diametralmente opuestos, si rayan en el extremo, la víctima ha hecho un pan como unas tortas; ergo los términos medios son los buenos; ergo ser algo torpe es ventajosísimo para el yo.

2.º—El hombre que posee grandes facultades intelectuales, tiene conciencia de su dignidad y de su mérito poco común; como el siglo XIX es positivista por excelencia, y en este siglo dineros sin calidad, este hombre lleva consigo la triste pesadilla de ver á un Juan Pascual, barbarote de á fofo, mas respetado y á mas altura en las consideraciones sociales, porque tiene mas pitecillas de 5 francos; ergo el primero se martiriza: se maldice, se envenena, se fastidia, se irrita, se desprecia, se corroe, se desvive, se consume, se suicida, ó se... lo lleva pateta.

Ergo la inteligencia muy desarrollada es un mal; ergo ser algo torpe es ventajosísimo para el yo.

3.º El hombre que sabe es un animal que con la fuerza de la electricidad provoca la envidia de los ignorantes; el envidioso es el peor enemigo, porque siempre asesta sus tiros por la espalda; y como estos tiros son siempre á quemar-ropa, la víctima, si escapa de uno, cae en otro; ó por lo menos lucha constantemente y representa el papel de un jabali acosado por una jauría de perros de presa; ó de la araña, que en la jurisdicción del ojo perspicaz de una portera, lleva cada escobazo que canta el misterio. Ergo la superioridad de inteligencia es peor que el pecado original visto por el estalejo de aumento de los hijos de San Ignacio de Loyola (vulgo Jesuitas); ergo es ventajosísimo para la salvación del número uno, ser algo torpe.

4.º Y concluyen las pruebas teóricas. El mundo se compone de hombres entendidos, y de hombres que si pegan un trapozon y caen, continúan su camino á cuatro patas; mas claro y menos ofensivo, de brutos y no brutos: todos los que han estudiado la estadística de los pueblos convienen en que la suma de los ignorantes excede, respecto de los hombres de saber, en razón de un 99 por 100; la mayoría es todos los hechos y las cosas de la ley; ergo vale mas hacer masa común con la mayoría, si queremos poner la piel á salvo; ergo en conclusión, vale mas por lo menos ser algo torpe de conveniencia, cuando no se tenga el privilegio de serlo por la naturaleza.

PATENTES PRÁCTICAS. Para esta sección tendríamos que escribir en papel continuo, ó ir alisando almárcenes de volúmenes *in folio*, y yo maldito el humor que tengo para ello. El Pájaro Negro nos dará mas de un motivo que legítimos nuestro propósito, por las patentes demostraciones que, pintándole histológicamente, proporcionará al curioso lector.

Con el título de *La Bête-noire* se califica en Francia á todo bicho viriente del uno ó del otro sexo que perteneciendo á la familia humana, desempeña el triste papel de pesadilla, ó animal que estorpa,

de obstáculo, de inconveniente, de antipoda, de animal que carga, que venienta, que es insoportable. Esta calificación convencional, este modo de bautizar las criaturas que tienen la condición del plomo, permite que cada uno *cuando* en el círculo de sus relaciones mayor ó menor número de Pájaros negros; y pobre del que no sea mas político que un cortesano con esta clase de abejorros, porque entonces tiene que andar á varicelas ó á balazos, y ni una cosa ni otra es muy agradable que digamos.

Uno de los Pájaros negros mas eminentemente lárbrutos es el acreedor. ¿Quién es el penitente, que teniendo algun crédito (lo que se prueba por las deudas que lleva contraídas ó que puede contraer), si ha llamado algunos *effets*, letras de cambio, ó se ha comprometido bajo en palabra á devolver alguna cantidad en día determinado, no anda, como vendedor de yesca, luyéndole el bulto al *Hussar* ó al judío, si llegado el término está con el bolsillo más limpio que una palena, y naufragando de esperanza en esperanza, para salir airoso del poder de su verdugo? ¿Quién es el penitente que en caso semejante, si tropieza de manos á boca con la inoportuna márcara de su acreedor, y ha aguiado por desgracia el número de las promesas fallidas, y el diccionario de las palabras mas urlianas y corteses, que no reciba de hospite insultato, ó una grosería insultante, ó una coa que deje muy atrás las que en un rapto de abyección pega al mulo? Pues bien; como en casos semejantes la persona que padece suele traer la bilis en un estado de ebullición que escude al legítimo vino de Champagne, regularmente suele haber que el diálogo pasa á vias de hecho; y las desvergüenzas recíprocas con que se elogian también suelen ir condimentadas con la salsa del puño.

Para estos casos conviene con preferencia que el insultado se haga el desentendido, ó ignore hasta el sentido de las palabras que ha empleado su contrincante; porque de otro modo, la cosa puede parar en cárcel ó galeras, y esto no tiene vuelta de ojo.

Lo dicho pueda servir de ejemplo para corroborar la teoría que emitimos antes. Es muy ventajoso hacerse el tonto.

De lo que ya explicado se deduce que pueden y deben ser considerados como Pájaros negros:

- 1.º El casero.
- 2.º El sastré.
- 3.º El zapatero.
- 4.º El peluquero.
- 5.º La lavandera.
- 6.º La fonda.
- 7.º El mozo de café.
- 8.º El médico.

Y cuantos mas seres *inhumanos*, de los que tienen la humanidad de abrir crédito al necesitado.

Como hemos sentido ya la regla general para que á nuestro tipo se le conozca hasta por el olfato, cada uno por sí mismo puede determinar quien es su pesadilla, y todo el que le horripila, ese será á no dudarlo su pájaro negro.

El puchorillo que en su afán de cortijar á diestro y á siniestro, sita una plaza que tiene jefe, por otro nombre muido, al que, según una, se llama *aditor responsable*, y según otros, *paraynos social*, ya sabe que se las tiene con un pájaro negro, y de tales garras, que si por desgracia este está educado en la casaca de Oledo, puede haber cabezas rotas, cuando no haya pérdida de miembros.

El poeta dramático que espera como el santo advenimiento que la censura de pasaporte á su obra, para que cuanto antes se le abra la caja de cualquiera de los leátrós, si por lo regular hace antefalas sin éxito, y con la paciencia de Job espera... espera... espera... claro es que puede apuntar en el libro verde, en la columna de los pájaros negros, al censor.

El esclavo africano que durante el miserable estado á que se ve reducido cambia de amo, y por huir de Seila che en Caribbia, concluye por contar que todo blanco es su pájaro negro.

El escritor que ya á encanjonarse en una bulardilla, entre otras razones, por escasez de plata, y porque necesita tranquilidad para inspirarse, y se da de mano á boca con una vieja corista de la Grande Opera, que se pasa todo el día haciendo gororitos; ó bien con un vecino que tora la trampa en la orquesta del Gymnase, y este por necesidad tiene que estar ensayando las notas que solo debemos oír el día del juicio; ó es casa cuyo pájaro le tiran por asalto los mil y un orgánicos que recorren las calles de París, ya le ha caído la lotería; porque los tres pájaros negros citados son á cual mas insoportable. En caso de elección la mia no sería dudosa; tendría la paciencia de sufrir la crítica como no escudiera de los treinta años, aun cuando tuviese el defecto de ser muy hermosa; yo me pinto patá tolerar faltas como la última.

Para el que llama ante un tribunal con razón á sin ella, ya se sabe que no solo cae entre una granizada de pájaros negros, sino que



estos por lo listos se identifican mucho con la familia de los buitres, salvo error ó omisión.

Al que soplan de palitas en la ciruel, bien por la friolera de haber descorrajado un bñal, ó por haber pegado alguna *mejodita* que costó ó pudo costar la muerte de algun prójimo, claro es que amén de escribas y fariseos, de jueces, letrados, escribanos y procuradores, su mas inmediato pájaro negro es el alcalde.

No solo los hombres; los pueblos, las naciones tienen tambien sus pájaros negros á quienes respetan, y de quienes con la mejor voluntad del mundo quisieran verse desembarazados.

Por no mezclarme en el vedado terreno de la política no digo quiénes sean los que merecen esta calificación respecto de los pacientes que se llaman súbditos: esas son cuentas de otro rosario; allá el lector, sin deyanarse mucho los sesos, podrá decir con mas acierto que yo quénes sean aquellos, y aun pintarlos con sus pelos y señales: mis retratos son á la pluma, y no pasan de ser bocetos; el que quiera presentarme mas al natural, que les dé el colorido que les falta; que yo creo haber hecho bastante por mi particular; y si no, culpa es del malditísimo humor que hoy tengo, que de seguro no cesará hasta que se sorten *Lotería Picarde* y me den la desagradable noticia de haberme tocado el primer premio (los cien mil francos); porque entonces la *Champagne* disparará el esplin que se ha apoderado de

ANDRÉS AVELINO DE ORIHUELA.

## UN MONTMORENCY.

(Continúa.)

—He aquí nuestra primera falta; y vos, monseñor, la habeis querido, replicó Montmorency. Vos me habeis obligado á dirigirme á Richelieu cuando es á él á quien queremos derribar: habeis contado con su influencia para hacer pública la declaración del rey que os destierra del reino: y es su influencia la que quereis echar por tierra. ¿Qué hemos ganado? Que Richelieu, que hasta ahora tenia bastante prudencia para no irritar á la provincia, se haya animado con nuestra debilidad, y declarado nulo el voto de los estados, declarando culpable de lesa majestad á todo obispo, baron ó diputado que no niegue lo que ha hecho en los quince dias, y juzgándose á un duque y par de Francia traidor é infame, con privación de sus títulos y confiscación de sus bienes.

Esta medida que nos ha valido tantas defecciones, la ha dictado vuestra duda: temed que vuestra lenocidad no nos pierda hoy del todo.

—¿Y es este, dijo Meterni con un desden brutal, este valiente Montmorency que decia asegurarnos la conquista de todo el Languedoc? Quiero que me corten las orejas, si en ocho dias no permite que se entierren todos los valientes que os han seguido.

—Os respondo que siempre habrá un sitio para vos, replicó Montmorency no pudiendo ya contenerse.

—Y para cualquiera otro que pueda venir en vuestra ayuda, dijo Duellier adelantándose.

—Señores, señores, esclama Gaston, paz si os agrada. Señor de Meterni, olvidad el rango del duque de Montmorency; y vos, Henri, olvidad el mio.

Dejemos á un lado discusiones, y pensemos en ver qué es esa nube de polvo que se eleva al fin del camino: reparad: á las armas, á las armas! ya vais, Montmorency, que Schomberg se encarga de fijar nuestra irresolucion.

Al momento se adelantaron algunos caballeros para recomer este destacamento; pero en lugar de replegarse para dar aviso, se aproximaron del todo, y uno de los jefes de esta tropa destacándose de entre los suyos al galope, llegó bien pronto al sitio que ocupaban aun Gaston y sus generales.

—Diablos, señor barraheo! como decia nuestro padre, ¿qué hareis aqui, hermano mio, mientras que Schomberg pasa el Fresquel sobre un viejo puente casi arruinado, y se adelanta hácia Castevaudary, cuando tenéis enfrente un puente nuevo para llegar antes que él? ¿Esperáis que se frolique para atacarle?

Al decir estas palabras el conde de Moret se apeó de un caballo saludando á Gaston y tendiendo la mano á Montmorency: despues continuó sin esperar respuesta:

—He sabido en Arva que habré aqui ocasion de desenvainar la espada, y he venido con ocho cientos de caballeria para hacer un poco de ejercicio y eslinarme un poco los miembros.

—Ahí eres tú, mi buen amigo Duellier? dijo el conde de Moret: nuestros padres fueron infieles á sus mujeres cuando nosotros vivimos al mundo: obligacion nuestra es probar que la buena sangre viene de los hombres y que tú eres Montmorency como yo soy Borbon.

—Esto no impide que tengais una barra en vuestras armas, replicó el grueso caudónigo Meterni; el noble mas no fue de los Palces Bajos.

—Mi barra, replicó Moret, ocultaré bajo mi espada, y despreciado del que se atreve á mirarla.

El Liejense se mordió los labios, y habiéndose de las disposiciones del combate que las nuevas maniobras de Schomberg hacian inevitables; decidieron pasar el Fresquel, y Montmorency y Duellier fueron en persona á reconocer la posición del ejército real. Vieron que Schomberg se habia establecido en un gran pedazo de tierra labrada comunmente, llamada la Fité, situada á la izquierda del camino que viene del puente á Castevaudary: este campo que estaba rodeado de largos fosos que hacian muy difícil la aproximación, dominaba al camino hasta el punto de poder destruir desde él á los que intentaran pasar; era pues necesario desalojar al enemigo si se queria tomar á Castevaudary. Para conseguirlo M. colocó enfrente de Schomberg y paralelamente á Fresquel, el centro de su ejército, cuyo centro se reservó: le componian los voluntarios, una parte de los Liejenses y un regimiento de infanteria. Su izquierda se extendió del mismo modo á lo largo de la ribera, bajo el mando del conde de Moret, que tenia con él sus ocho caballos, los polacos de Meterni y un batallon de infanteria. El duque de Montmorency tomó la derecha y se adelantó con doscientos caballos que le pertenecian y un batallon de infanteria. De este modo el ejército de M. estaba dispuesto de modo que podia atacar á una vez á Escombe por el frente y por los flancos.

Montmorency poniéndose á la cabeza de su division habia dicho á Duellier que se quedase cerca del conde de Moret y vigilase los movimientos de los jefes extranjeros de quienes no tenia mucha confianza. Al principio algunos mosqueteros del ejército real se adelantaron á escaramucear; pero fueron rechazados, y comenzó el fuego entre los dos infanterias. Se conoció al momento que Schomberg hacia una resistencia muy débil, y temiendo Montmorency que el mariscal se aprovechara de su ventajosa posición para ordenar su retirada y apoderarse de Castevaudary quiso decidirlo todo de una vez, y se dispuso á dar una carga á la cabeza de sus doscientos ginetes. Pero en el momento en que su escuadrón se disponia para ejecutarlo, se llegar á toda rienda al conde de Moret.

—Señor duque, le gritan cuando Henry pudo oírle, haceis detener vuestros caballos, ó pasarán sobre nuestros cuerpos. El honor de la primera carga me pertenece, y no os la cederé como lo hizo el duque d'Elhenf á Bauxerie, aunque su casa era la mas antigua del mundo despues de la de Francia.

—No se trata aqui de derechos de sangre, respondió vivamente el duque de Montmorency, ni de preeminencias de los rangos militares.

—Esto es lo que haremos que se decida en tiempo mas oportuno por una junta de generales, respondió el conde de Moret. En cuanto á mí, juro que no subiré que tome la iniciativa Montmorency, cuando hay en el ejército un individuo de la sangre de Borbon.

El duque Henrig tendió una mirada sobre las tropas de Schomberg, y al ver que se aprestaban á hacer el movimiento que él habia previsto, respondió con cólera:

—¿No veis que Schomberg se nos escapa?

—Pronto le volveré á coger, replicó el conde; pero no cogeria tan pronto la usurpacion de mi rango, que convertiriais en un derecho si os permitiera cargar antes que yo.

—Id pues, esclama Montmorency con entusiasmo al ver á Schomberg ganar el camino.

En seguida, ajado su amor propio, grita al conde de Moret:

—No olvidéis sin embargo que si os cede la primera embestida, no es por vuestra nobleza, sino porque tenéis polacos á vuestro mando, y sé que la cortesania francesa debe guardar consideraciones á los extranjeros.

En seguida el conde Moret volvió á ponerse á la cabeza de su caballeria y mandó la carga: él mismo se lanzó el primero, llevando á Duellier á su lado; los polacos le siguieron, presididos por Meterni; pero apenas llegó el conde á orillas del campo de Schomberg, fué acogido por una viva descarga de mosqueteria. Llevó la mano sobre su corazón, y dando un grito cayó sin movimiento: habia recibido cinco balazos en el pecho. Duellier, furioso, llamó á los polacos, que se habian detenido al ver caer al conde: corrió hácia ellos y quiso escitarlos á la venganza; pero entonces esclama Meterni que no tenian mas obligacion que hacer la guardia á M. y defender á la artilleria, y les mandó retirarse. Duellier no hizo esperar mucho tiempo su respuesta; de un sahnazo hendió el casco del caudónigo Liejense, y como este quisiera sacar una de sus pistolas, se echó sobre él con furor exclamando:

—¿Ah traidor! el jesuita Arnoux te ha recomenzado á Montmorency; ¡mejor bubiérais hecho en recomenzarle á Satanás!

Y de una sola estocada le tendió muerto á sus pies: y se puso á gritar á los polacos:

—¡Adelante! ¡adelante! Pero estahan ya dispersos y no le daban

Se quedó solo un momento entre los dos ejércitos, y metiendo espuelas al caballo corrió á reunirse con Montmorency. El duque había visto lo que acababa de pasar desde el principio de la carga, y había juzgado que Meterni era un cobarde ó un traidor, porque en lugar de estar con su tropa dos cuerpos de caballo del conde de Moret, se había mantenido á gran distancia. Así, cuando vió á los polacos huir á pesar de los gritos de Duellier, dijo al coronel Rieux que estaba á su lado:

—¡Traición! á fé mía, ¡traición! si no decidimos inmediatamente la victoria, todo el resto de esta canalla extranjera va á dispersarse y arrastrar consigo á nuestras tropas...

—M., le respondió Bieux, traigamos nuestro cañón y harvamos el camino; porque nuestros caballos no saltarán nunca el foso que nos separa de Schomberg.

—Y bien, de Rieux, replicó el conde riendo, hace mucho tiempo que hemos ganado nuestras espuelas; es preciso que ellas nos ganen hoy la batalla.

—M., dijo el viejo coronel, moriré á vuestro lado.

Peró Soudeille, reuniéndose entonces al duque, que disponía á su

tun la de Ventsdour. Se acercaron al galope á 250 pasos de la infantería Real, y no distaban más que diez pasos del foso, cuando fueron recibidos por una descarga general. Doce ginetes de la compañía del duque cayeron muertos, más de 30 fueron heridos y desmontados; los demás huyeron; pero ninguno de los cinco capitanes vaciló, ni el duque, que blandiendo su espada siguió adelante. Los cinco intrépidos le siguieron, y saltaron el foso con espada en mano y las espuelas en los hijares de sus caballos. Después de este esfuerzo prodigioso dieron sus espaldas algunos pasos, pero el ejemplo que debían á sus soldados estaba vumpido. Las heridas lo demostraron; el valor que había escudado al duque fué vencido á su vez; la fuerza falló á esta nueva decisión. Villeneuve y Breuil heridos en la cabeza cayeron los primeros; Baré con los dos brazos rotos, sin poder tener su espada, fué llevado lejos del combate por su caballo; de Bieux con una pierna rota trató de agarrarse á las crines de su caballo, pero rodó á sus pies; Soudeille había muerto; y Montmorency herido de ocho balazos llegó solo hasta el primer cuerpo de infantería. Destruyó este primer cuerpo, destruyó el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto, y llegó al últi-



caballería para la carga, le detuvo en el momento en que iba á dar la señal.

—Por Dios, le dijo, monseñor, si tal es vuestra resolución, cambiad al menos de caballo; no designéis el objeto á vuestros enemigos; ya he herido al general en jefe, y es descubiertas el corazón marchar sobre ellos en semejante traje.

En efecto, Montmorency montaba un soberbio caballo gris perlado, adornado con un plumeró enarbolado que llamaba mucho la atención. En cuanto á él, no tenía más que una coraza damasquinada de oro y un casco muy ligero.

—¡Tan to mejor! respondió el duque, si reconocen á Montmorency les temblará la mano de tirar tan alto.

—No los ha temblado, replicó Soudeille, para matar al hermano del rey Antonio de Borbon, conde de Moret. Es un golpe de que debiera estar muy contentos.

—Entonces, exclamó Henri con ese entusiasmo guerrero que se precia de cualquier cosa, les temblará de alegría.

Y sin escuchar más ordenó la carga.

Partieron cinco de frente: eran: Breuil, Baré, Bieux, Villeneuve y Soudeille. El duque iba delante: su compañía de guardias le seguía

mo con seis heridas, y aun allí mató tres hombres con el pomo de su espada rota. Había atravesado el duque el batallón, y seguía avanzando cuando oyó pronunciar con furor el nombre de Montmorency por el barón de Guistavo. Tres caballeros se lanzaron á la brida de su caballo: eran el barón de Laurieres, su hijo, y el señor de Beauregard que gritaba al duque que se rindiese. Esto respondió á Beauregard con un pistoletazo que resalta sobre su coraza hirándole en el brazo izquierdo; Beauregard con la mano derecha atravesada de dos balazos al duque de Montmorency. El barón se adelantó con la espada levantada, el duque le echó por tierra de un golpe con el pomo de la pistola, se acercó á su hijo y le quitó la espada; pero apenas se encuentra armado de nuevo, ensangrentado, exánime, lleno de heridas y buscando con la vista alguna nueva víctima, cuando su caballo lleno de balazos se encabrita, de algunos pasos, y al fin cae muerto, separado 50 pasos más allá de la infantería Real, arrastrando á su dueño en su caída. Nadie tuvo el honor de ver la caída de Montmorency; tenía 17 heridas cuando sucedió.

El duque hizo varios esfuerzos para levantarse, y no habiendo podido conseguirlo, se puso á gritar: Montmorency! Montmorency!... Batillon y Sainte-Marie, sargentos de guardias francesas, acudieron á

este nombre. Libre el duque del peso de su cabello, se levantó al momento, pero no pudo sostenerse, y dijo á Boutillon que quería limpiar la sangre que corría de sus heridas.

—Amigo mío, necesito mas un confesor que otra cosa. Procurad buscar al de M. Schomberg... después se dirigió á Saint-Marie:—En cuanto á vos, si sois siempre el valiente sargento que me ha servido otras veces, tomad esta sortija y llevádsela á la duquesa de Montmorency con este pañuelo empapado en mi sangre.

Sainte-Marie tomó estos dos objetos, y Boutillon iba á ponerse á las órdenes del duque cuando llegó su capitán.

—¡Desatadle la coraza y quitadle el casco! les gritan; a flojadle su colete, ó morirá asfixiado.

—M. Saint-Breniel le dijo Montmorency, necesito un confesor.

—Valor, respondió el capitán, esto no es nada. Voy á tomar órdenes del mariscal, y os traeré su confesor y su cirujano. Dios es bueno, y el médico no es malo.

—¿Que hay de nuevo? dijo el duque poniéndose de pié.

—Vuestra compañía de gendarmes quiere derrotarnos; la manda un jóven con plumero negro á quien parece que no se atreven á tocar las balas.

—Ah! es Duellier, es mi hermano, replicó el duque: y blandiendo su espada sobre su cabeza se puso á gritar: ¡Montmorency! ¡Montmorency! pero la sangre que salía de su herida de la garganta le sofocó, y volvió á caer en los brazos de Saint-Marie. Este, ayudado de Boutillon, cogió al duque en sus brazos y le llevó á una alquería que se distinguía desde el lugar del combate: Boutillon corrió por su parte á Castevandary para preparar allí un alojamiento. Durante este tiempo Saint-Previl había llegado adonde estaba Schomberg, le había contado en pocas palabras la temeridad del duque y lo atrevido de su ataque, y cómo había caído en su poder. A esta noticia no pudo Schomberg reprimir su primer transporte de alegría, y volviéndose á sus ayudantes les dijo:

—Señoras, señores, mandad tocar retirada: se ha ganado la batalla, se ha concluido la guerra; Montmorency está prisionero.

### Á LA SEÑORITA...

EL BELLO PRADO.—FLORA Y LAS FLORES.—TU RAMILLETE.

#### I.

Un Ingarcillo conozco,  
Entre dos lomas tendido,  
Por un bosque guarecido  
Y arrullado por la mar;  
En el valle crecen flores,  
En el bosque canta el ave,  
Y á lo lejos, de la nave  
Se oye la quilla surcar.  
Susurra las dulces brisas  
Al retozar con las flores;  
Y cantan los ruiseñores,  
Y se cierne el colibrí;  
Matizadas mariposas  
Se posan por breve instante  
Ya sobre el lirio galante,  
Ya sobre el blanco alelí.  
Murmuran rodando lentas  
Dos fuentejillas sabrosas,  
Y en sus márgenes musgosas  
Crece el tilo y morali;  
El césped mullido invita  
Con su verde, grata alfombra,  
Y del monte entre la sombra  
Se oye el trino del turpial.  
Colinas, llanos y bosques,  
Aves, y fuentes, y flores,  
Auras, brisas, y rumores,  
Ciervos, liebres,—todo aquí  
Se ve, se escucha, se admira,  
Todo perfuma y hechiza,  
Todo al alta magnetiza;  
Todo es edénico allí.  
De toda estacion y zona  
Allí se encuentra la gala:  
Todo olor allí se exhala,  
Se oye todo dulce són;  
Al par de robusta ceiba  
Se alza enhiesta la palmera,

Y á su sombra placentera  
Lanza el dinca su canción,  
Un cielo siempre sereno,  
Siempre azul y acarado,  
Sobre ese sitio adorado  
Se suspende con placer;  
Allí se alejan las penas,  
Y es inefable la calma:  
Nueva vida siente el alma,  
Libre vaga por doquier.

#### II.

Y en ese valle grato, hechicero,  
Dó tantos bienes mi alma gozó,  
Un dulce canto cual de jilguero  
Entre las flores tierno se alzó.

—Era una Maga de buen talante,  
De azules ojos, de casta sien,  
De esbelto talle, breve, elegante,  
Manos de rosa, de lirios pié.

La frente tersa de luz radiante,  
Alegre y franca la linda faz,  
Sobre sus labios sonrisa amante,  
En sus miradas amor y paz.  
El cuello enhiesto y alabastrino,  
Pecho y espalda de leve huri,  
Blondos cabellos—timbre argentino,—  
Aliento grato como alelí.

—Era la reina de la floresta:  
Bajo su planta nace el clavel,  
Al aura errante perfume presta  
Y á la ojicanta presta su miel.  
Le aman las flores, le aman las aves,  
Susurra el bosque cuando ella va;  
La dan los montes ecos suaves,  
Y el ceñillo besos la dá.

La siguen doquiera las bellas Ondinas;  
Y perlas la ofrecen la fuente al cruzar;  
Se alejan al verla las pardas neblinas,  
Y el sol con sus rayos la manda á obsequiar.  
Es Flora su nombre, y es madre de flores,  
Y á todos les dice su gracia y virtud;  
Sus tallos matiza de lindos colores;  
Sus cálces llena de aroma y salud.

#### III.

Camina al valle, Corina hermosa,  
La gracia oremos de cada flor,  
Ya *Flora* empieza: la bella *Rosa*  
Viene primero llena de amor.

FLORA.—¿Como te llamas?  
LA ROSA.—Rosa me llamo.  
FLORA.—Eres hermosa, gaya y gentil.  
LA ROSA.—Al verte, Flora, de amor me inflamo.  
FLORA.—Eres la gala mejor de abril;  
Eres la reina de la hermosura,  
La flor mas bella que dió el pensil.  
LA ROSA.—Mas mira, Flora, mi donosura  
Cercan espinas de punta vil.  
FLORA.—Eres ingrata, Rosa hechizera;  
Mucho que debes á ese aguijon:  
Tu guarda acusas;  
LA ROSA.—Mas yo quisiera...  
FLORA.—¿Presumes, Rosa, tener razon?  
Sin las espinas, mano atrevida  
Te arrebatara sin compasion;  
Y tu corola bella y erguida  
De sucia oruga fuera mansion.  
LA ROSA.—Enhora buena, Flora querida,  
Ya mis espinas sabré apreciar:  
Que al fin de cuentas, todo en la vida  
Galas y espinas tiene á la par.  
FLORA.—Es á la Rosa la aguda espina  
Lo que á la virgen es el candor!  
Que es de sus gracias guardia divina;  
Muró que á rays pone el amor...  
—Eres ¡Oh Rosa! de abril la gala:  
Eres del prado lujo y primor;  
¿Cuál á tu aroma dulce se iguala?  
¿Cuáles matices, y cuál color?



Doquiera luces llena de hechizos,  
En monte nazcas ó en un jardín;  
Adornos flondos ó negros rizos,  
El seno agracias de bella huri.  
Eres emblema de la hermosura,  
Eres sonrisa de un serafín;  
Cantan alegres tu donosura  
Los ruiseñores y el colorin.

LA ROSA. Tengo una hermana bella, serena,  
Que hace contraste con mi color.

FLORA. La Rosa blanca de encanto llena,  
Que simboliza dulce candor.

LA ROSA. Tengo otra hermana dulce, atrayente,  
Matiz purpúreo, vivo su olor:

FLORA. Que enciende el pecho con fuego ardiente  
De amor de Patria, que es dulce amor.

ROSA. ¿Dónde te escendes, violeta bella?  
¿Por qué así esquivas mirar la luz?  
Tú que no puedes vivir sin ella,  
¿Buscas de sombras denso capuz?  
¿Cuál el misterio de tu existencia?  
¿Cuál el motivo de tu penar?  
¿No brilla el prado con tu presencia?  
¿No oyes tus galas siempre aducir?  
—Sal, florecilla, lanza al ambiente  
Tu grata esencia, tu dulce olor;  
Deja que el lírio te bese ardiente,  
Te brinde puro su casto amor.  
Sal, de modestia cumplido emblema;  
Al mundo enseña modesto á ser;  
Que el pedantismo doquier se estrema  
Entre los hombres y la mujer.  
—Flor retirada, dulce violeta,  
Abre tu cáliz bello y gentil:  
Tú eres la flor que adora el poeta:  
Con tí sonríe de amor abril.

LA VIOLETA. Mas que jardines amo las breñas,  
Porque me gusta quieta vivir;  
Deja mis grietas, deja mis peñas,  
Deja mi curso triste seguir.

FLORA. —Tierna *Fresera*,—  
Blanca, argentada,  
Y embalsamada,  
Del valle prez:  
Tú representas  
Virtud muy bella;  
Tu cáliz sella  
La sencillez.

LA FRESESA. Dile á las niñas  
Cuán hechicera  
Es la *Fresera*,  
Sencilla al ser;  
Que yo les sirva  
Siempre de guía:  
Bien y alegría  
Tendrán doquier.

FLORA. Ven ya, *Sensitiva*, de América encanto,  
Hermosa, aromada, magnífica flor;  
El alba tu cáliz ompapa con llanto,  
Porque eres emblema de dulce pudor.  
Al leve contacto de mano atrevida  
Recoges tu pétalo hermoso y gentil:  
En tí te concentras y esquivas sentida  
Que empañen tu brillo, que alegre el pensil.  
—Dime, florecilla, si tienen las flores  
Un alma que sienta placeres, penar:  
¿Por qué palidecen tus bellos colores,  
Si dedo, profano te viene á tocar?...  
¿Por qué al tacto puro de virgen honesta  
Tu tallo no encoges, ni pierdes tu luz?  
¿Por qué la impureza tu instinto detesta?  
—Dí.—¿Cómo conoces la bella virtud?...  
Ya, *Flora*, detente; que el Ser soberano  
Misterio en sus obras le plugo poner;  
Adora en los cielos: y sirva mi arcano  
De ejemplo á la bella, graciosa mujer!

LA SENSITIVA. —Qué lindo tu tallo,  
Bella *Margarita*!  
De amantes la cuita  
Tú sabes guardar.

La dulce *inocencia*  
En tí se extasia:  
La casta alegría  
Te viene á besar.  
—Yo soy del Angel  
Sonrisa bella;  
Yo soy la huella  
De un Querubin.  
A la inocencia  
Queréd, hermosas,  
Y venturosas  
Sereis sin fin.

MARGARITA. Amor del prado,  
*Jazmin* galante,  
Siempre elegante  
Como el clavele;  
La mariposa  
Por tí delira;  
La abeja tira  
De tí su miel.  
De tu nativa  
Tierra africana  
Una mañana  
Te traje aquí;  
La altiva *Rosa*,  
Al ver tu gala,  
Su aroma exhala,  
De amor por tí.  
Que tú eres emblema,  
*Jazmin* lisonjero,  
Del don hechicero  
De *amabilidad*.  
Tus flores tan blancas,  
Tu dulce ambrosia  
Vierten poesia  
Y felicidad.

FLORA. Que todos aprendan:  
Que al cruzar la vida  
Es prenda exigida  
Muy amable ser.  
Con esto se alejan  
Mitad de las penas:  
Las horas amenas  
Se miran correr,  
Mientras que el de duro  
Carácter mohino,  
Siempre y de continuo  
Tendrá que penar.  
Imitén los hombres  
Mi genio flexible,  
Y tiempo apacible  
Podrán disfrutar.

EL JAZMIN. Bello *Jacinto*,  
Blanco, estrellado,  
Tallo arqueado,  
Estambre azul,  
Corola sétupla,  
Hojas verdosas,  
Finas, sedosas,  
Llenas de luz.  
Como la rosa  
Eres hermoso,  
Eres gracioso  
Como el *jazmin*;  
Como él amable,  
Dulce y *amenó*;  
Besa tu seno  
El colorin.

FLORA. Yo simbolizo  
La *Amenidad*;  
Yo soy hechizo  
De la verdad;  
Soy galanura  
Del buen decir:  
¿Quién mi hermosura  
No ha de seguir?

EL JACINTO. Yo simbolizo  
La *Amenidad*;  
Yo soy hechizo  
De la verdad;  
Soy galanura  
Del buen decir:  
¿Quién mi hermosura  
No ha de seguir?

FLORA al *Ofris*. —Ariadne la dulce, de *Idmon* hija bella,  
Bordaba con tanta destreza y primor,  
Que altiva mirando brillante su estrella,  
A *Minerva* reta de hacerlo mejor.

La diosa irritada de tanta arrogancia,  
Sus telas, bolillos y encajes rompió;  
Y en flor hechicera de dulce fragancia,  
A Ariadne la dulce, la bella, cambió.  
Y en flor convertida, que finge una araña,  
Conserva en industria la altiva beldad,  
Y borda sus telas con tal arte y maña,  
Que así simboliza bien la *Habilidad*.

EL OFRIS.

—Quedó lejos

Mi edad pura;  
Mi hermosura  
Ya pasó;  
Mas conservo  
Mi talento,  
Que en aumento  
Miro yo.

—Sepan las niñas

Que la belleza  
Apéna empieza,  
Declina ya;  
Que es el estudio  
Que eleva el alma,  
Y dulce calma  
Siempre no da.

FLORA.

Entre verde y amarilla

Te alzas, alegre *Reseda*;  
En tu cáliz mucho queda  
De tu perfume oriental.  
Hace un siglo te trajeron  
De tu patria, Berbería,  
Y se aumenta cada día  
Tu *mérito* sin igual.

Nuevos hechizos, virtudes  
Se descubren en tus flores:  
Que ocultas tus mil primores  
Con modestia y esquivéz.

LA RESEDA.

Es el *mérito modesto*

Lo que al alma grande sella:  
La luz grata que destella  
Presta al ángel brillantez.

FLORA.

Rey de las flores, *Lirio* esplendente:

Mi voz te aclama—tuyo es mi amor:

Entre las flores que dió el Oriente,

¿Cuál igualara tu grato olor?

Sobre tu tallo se alzan graciosas

Tus ocho hojillas en capitel:

Tres de ellas miran al cielo airosas,

Mientras las otras siempre amorosas

A sus hermanas forman dosel.

Tu enhiesta forma, bella, elegante,

Solo en jardines sabe reinar:

Si de otras flores te hallas distante,

Triste te inclinas al aura errante,

Y entre sus besos vas á expiar.

JAZMIN.

Yo fui el aroma, yo fui el ornato

Del sacro Altar del Dios de Israel;

Y allí me alzaba placido, grato;

Con mas delicia que en el vergel.

—Yo fui corona de Salomon

Y deleitaba su corazón.

—Con margaritas y bello lis

Hizo sus motes el rey San Luis.

—De Francia altiva yo hice la gloria,

Y son sus fastos mi propia historia;

Insignia fui de sus campeones,

Y di colores á sus pendones.

FLORA.

—Tu blanco pétalo,

Tu cáliz cándido,

Lleñan de célico

Y tierno amor;

La virgen púdica

En tí su símbolo

Encuentra placida

De su candor.

—Triple en tu emblema y uno en tu forma,

Representas *Candor*, *Majestad*Y *Donosura*;

En tí las niñas miren su norma:

Candor es guarda de la beldad

Y la ventura.

Yo te proclamo gala del campo,  
Rey de las flores, lujo de abril;  
Tú rivalizas de nieve el ampo;  
Mi amor es tuyo, Lirio gentil.

IV.

La noche tiende doquiera  
Su plegado negro manto;  
Se aleja Flora, y su canto  
Con el alba seguirá.  
Con las flores que ha cantado,  
Te obsequia, virgen hermosa;  
Y guirnalda primorosa  
A tus sienes ceñirá.

V.

EL POETA.

Eres hermosa

Como la *Rosa*;

Eres tan pura

Cual flor de *Lis*.

Ya tu ventura

Clama el *Ofris*;Y la *Reseda*

Te dice leda;

Por tu talento

Brillas doquier;

Tu dulce acento

Vierte placer.

Te aclama viva

La *Sensitiva*

Por el encanto

De tu pudor;

Y el *Amaranto*

Te da su amor.

La *Margarita*

De Dios bendita,

A tu inocencia

Imparte prez.

De tu existencia

La sencillez

Viene hechicera,

Dulce *Fresera*,

Por los jardines

A pregonar,

Y á los jazmines

Vase á juntar.

Para que digan con las *Violetas*:

Que eres modesta, que eres amable:

Que tú mereces de los poetas

Himno á tu gracia dulce, adorable.

VI.

A tí, Corina, las gayas flores:

A tí la *Oliva* verde de paz;

A tí los cantos de ruiseñores;

A tí del cielo dulce solaz.

Jamás escuches en tus jardines

El soplo airado del Vendabal;

Ni lleve el aroma de tus jazmines

Del triste invierno soplo glacial!

¡Céfiro blando besé tus rosas;

Canten las aves en tu vergel;

Puéhlenlo errantes las mariposas;

Y allí la abeja labre su miel!

¡Tu planta huelle flores doquiera;

Te dé sus notas el colorin;

Eterna sea tu primavera,

Rija tus pasos un Serafin!

A tí los lirios, mi amiga hermosa,

Las rosas bellas siempre á tus piés:

¡En mi camino la zarza odiosa,

Amargo agenojo—triste ciprés!...

Paris 10 de julio de 1854.

JOSÉ MARÍA TORRES CENICEDO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.